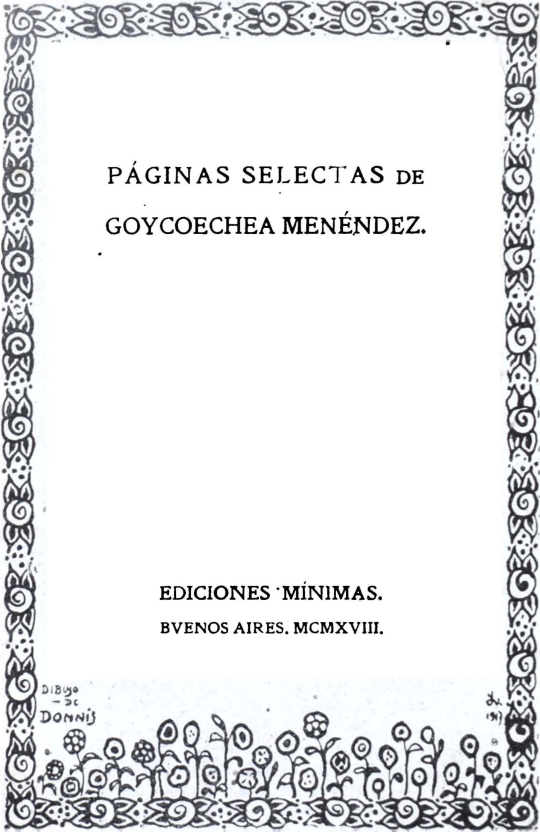


EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
DIRECTOR: Leopoldo Durán

GOYCOECHEA MENÉNDEZ

PÁGINAS
SELECTAS

BUENOS AIRES
1918



PÁGINAS SELECTAS DE
GOYCOECHEA MENÉNDEZ.

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO
- de
DONNÍJ

32



Quando se evoca la figura literaria de Martín Goycochea Menéndez es indispensable recordar otros días, lejanos ya, a través de los cuales se produjo un movimiento que derivó por nuevos cauces las corrientes estéticas, pues este poeta pertenecía a la generación que proclamó una renaciente tendencia espiritual del Arte, denominada despectivamente de la Decadencia por los retóricos del romanticismo. Surgió en aquel tiempo, precisamente, en que Darío y Lugones realizaban sus primeras páginas de un arte puro, individual y profundo, acremente rechazadas por los corifeos de la vieja escuela. Entre tanto, los poetas citados arrojaban sus dardos a los filisteos desde una revista poco difundida y ya olvidada,—El Mercurio de América—donde concentraron a su rededor un núcleo de escritores jóvenes de aquella época. Goycochea Menéndez se incorporó al grupo en 1899. Era un adolescente y venía de Córdoba la conventual por el mismo camino que hiciera Lugones, adolescente también, cuatro años antes. En sus alforjas de peregrino traía dos libritos impresos: Los Primeros (1897) y Poemas Helénicos (1899). Ellos no le dieron la ruidosa notoriedad de los éxitos fáciles, pero le valieron algo más y mejor, la consideración y el aprecio de los colaboradores del Mercurio y de los neófitos del cenáculo de la Sirínga, formado por los mismos. Celebróse el estilo magnífico, siempre igual, cadenciado

y sonoro de los Poemas Helénicos, en los cuales se advertía, además, serias incursiones mentales por las colinas del Atica y las aguas del Egeo. Goycochea Menéndez siguió prodigando las brillantes manifestaciones de su talento, y alternando sus periodos de producción con frecuentes y repentinos accesos ambulatorios, hasta que un día, en 1903, desapareció para siempre de Buenos Aires. El doctor Ingenieros posee en su archivo su última carta, tal vez. En uno de sus párrafos, decía: "Espero una resurrección. Pero tarda. Nunca llega! ¿Cómo podría hacer para vencerme a mi mismo, para hacer irradiar la eterna blancura sobre ese vasto pantano que mis pies amasan y en el cual puedo hundirme para no salir más?" El desdichado poeta esperaba en vano una resurrección. Nunca llegó! Se hundió en la vasta sombra, y no sabemos ciertamente dónde su espíritu inmortal abandonó la carne perecedora...

Martin Goycochea Menéndez—Lucio Stella, Timón, Lemis Terieux, Shipman y Geme—había nacido en la ciudad de Córdoba (R. A.) en 1877 y se cree que falleció en Yucatán (México) en Junio de 1906. Además de los libros citados, deben mencionarse, entre las obras de este poeta, las siguientes: A través de la vida, drama en tres actos, (1897); Un cuento pompadour, entremés en verso, (1898); y Guaraní, en prosa, (1902).

P O E S Í A S

OBSEQUIO DE BODA

LA secular pobreza que asedia a los poetas
Hace que sólo ofrezca un ramo de violetas
A vuestra grácil novia, pues en cuestión de amores
Una epopeya ha sido siempre un ramo de flores.

Vuestra novia es graciosa y muy dulce y muy bella;
Lo galante sería ofrendarle una estrella,
O un cordero blanco con grandes moños rosas,
O sobre una azucena un par de mariposas;

Y en su defecto fuera un obsequio cumplido
Dos tórtolas albísimas sobre el plumón de un nido. •
Mas como enviaros eso, no puedo, por mis penas.

Aunque haya mariposas, estrellas y azucenas,
Luciendo una sonrisa vá el ramo de violetas
Como la pobre ofrenda que usamos los poetas.

ÑANDUTÍES

VAN cruzando las mozas por el camino
Con sus faldas de nieve llenas de encajes;
Y en sus crenchas prendidas como celajes
Llevan blancos pimpollos de flor de espino

Un jilguero modula su breve trino,
Soñando en los lejanos, verdes mirajes;
Y las mozas recubren sus blancos trajes
Con rosas amarillas como oro fino.

Tras las largas pestañas muestran los ojos,
Radiantes de alegría, dulces antojos,
Y los labios incendios son de rubies.

Y parecen, marchando con leve paso,
Las mozas, diez querubes que hacia el ocaso
Volaran con sus alas de ñandutíes.

EL SALUDO DEL PUEBLO

*Al Presidente de los Estados Unidos del Brasil,
Doctor Manuel Ferraz de Campos Salles.*

SEÑOR: nuestro saludo es de olivo y de roble.
Queremos presentaros lo grande, bueno y noble;
Por eso con espigas orlamos los cañones
Y junto a los rastrillos habréis visto los leones.
Al saludar la espada con sus vibrantes brillos,
Pensad que os saludan también nuestros martillos,
Y que, mientras marchando miráis a los soldados,
Por sobre la llanura desfilan los arados.
Nuestros héroes de hoy son esos trabajadores
Que vistiendo la blusa os ofrecen las flores;
Si alguna vez la suerte nuestro pendón abate
Haremos con las blusas banderas de combate.
Recibid el aplauso de las manos callosas;
Ellas algunas veces suelen crear grandes cosas;
Su noble bienvenida tiene sus ritmos grandes
Que agiganta la Pampa y repiten los Andes.
Es ingenuo el saludo del pueblo rudo y bueno;
Dispensad por lo tanto si es fuerte como el trueno.
Vuestra bandera verde se aune a nuestros gules
Como una primavera con los cielos azules.
Por eso el Padre Guido os saludó el primero
Haciendo un oriflama de su barba de Homero,
Y os presentó en un ánfora de líneas vaborosas
Una ideal epopeya de olivos y de rosas
Nacidas en los sureos llenos de promisiones
Por donde va el arado que arrastran nuestros leones.

BEETHOVEN

MAGNÍFICO poeta; gran monarca
Del dulce ritmo; rey del pensamiento;
Señor de la sonrisa y del lamento,
Todo tu numen imperial abarca!

Cuando tu musa el leve talle enarca,
Resuenan las cadencias del "memento"
De un viejo amor perdido, cuyo acento
Revive en las tragedias de la parca.

Ante tu altar depongo yo los claros
De lunas invernales. Versos raros
Te labró ya Rodín sobre el granito.

Tu epitafio es así: el Genio era,
Grande y triste como una cordillera
Cuya cumbre tocara lo infinito.

"SANTA FE"

BAJO la paja oscura de la ranchada
Junto a las llamas rojas de los fogones,
Mientras el arpa suena casi velada
Atisban a las hembras los mocetones.

En sus grandes, oscuros, brillantes ojos,
Se refleja la fuerza de las pasiones;
Parece que quisieran en sus antojos
Zapatear sobre alfombra de corazones.

Las muchachas ocultan el seno fuerte
Entre ramos de rosas y de alelís,
Y la carne bronceada, casta, se advierte
Tras impalpables velos de ñandutíes.

Las caderas se enarcan entre la falda
Hecha toda una espuma de albos encajes,
Y las trenzas que caen sobre la espalda
Parecen cintas negras sobre los trajes.

El arpista modula en su instrumento
Un ritmo apasionado, suave, ligero;
En su nido de plugas lanza un lamento
El zorzal que soñaba sobre el alero.

Entre frases punzantes y carcajadas
Van tomando sus puestos las tres parejas;
Las mozas llevan flores anacaradas
Y los hombres claveles tras las orejas.

Vuelan los largos ponchos en amplios giro:
Formando vastas combas al agitarse,
Y se escucha que estallan hondos suspiros
Cuando el mozo y la niña van a chocarse.

Las parejas saludan; marcan las notas
El compás pronto y recio del zapateado,
Y los rostros expresan ansias ignotas,
Dulces sueños y besos de enamorado.

El arpa lanza un largo, postrer gemido;
Se agitan bravamente las tres parejas,
Y al terminar el valse han ya perdido
Los mozos los claveles de las orejas.

Y se llevan las hembras de negros ojos
En sus brazos robustos los mocetones;
Parece que quisieran en sus antojos
Zapatear sobre alfombra de corazones.

POEMAS HELÉNICOS

APOLODORO

Un pórtico de Mnesicles. Columnatas dóricas sostienen los chapiteles de mil hojas que brillan como blancas flores gigantes. En la cúspide del triángulo del frontis, Nereida teje con sus manos de piedra una corona de ensueños. Más abajo, en relieve, las Gracias celebran el nacimiento del Genio. Bajo la sombra del Propileo, Apolodoro traza un torso en una hoja de bronce laminada bajo los soles africanos. Una doncella, a su lado, muestra ante los ojos de la Primavera los botones de su pecho, que empollan recién sus pétalos purpuros, al calor de los castos deseos.

La Doncella

MAESTRO: Píntame como a Venus brotando de un copo de espuma, entre el coro fabuloso de las ninfas y los tritones. Píntame como a ella, engalanada con las perlas con que las esposas de los sátiros entretejen sus cabelleras; con sus labios rojos, como la savia que enciende la vida de las rosas; con su rostro luminoso, como un lirio que se colora bajo la caricia de la Aurora!

Apolodoro

¿No quieres que coloque sobré tus sienes el casco refulgente donde brilla la centellante aureola de Minerva? ¿No quieres que encierre tu busto en la coraza de mil escamas, donde se estrellan las asechanzas y la ignorancia de los hombres?

¿No quieres que sobre tu frente blanca como una Luna, haya un copo de luz tomado al Alba?

La Doncella

¡No! Quisiera ser Diana anhelante bajo las frías bóvedas de las frondas a la espera de la presa que viene a abrevarse en el seno de plafa de un manantial. Quisiera verme estampada allí, entre el iris de tus colores con mi figura juvenil desnuda, confundiéndose bajo los toques de tu pincel la pureza de mi carne con la pureza de tu genio.

Apolodoro

¡No quieres que haga surgir el día en tus pupilas, al colocarte sobre la nube de Juno? ¡No quieres verte entre lo azul, con tus vestiduras flotantes sostenidas por céfiros alados que tañen entre sus manos liras de pétalos de azucenas?

¡No quieres ver ante tí reunida la falange fulgurante de los Dioses?

La Doncella

¡No! Píntame como a la estrella, vagando entre la noche, con su cabellera de rayos reflejándose en la nieve de las altas cordilleras. Envuelve mi cuerpo en el rojo cendal de los cometas y pónme después sobre un ampo de sombra para que mis formas traen sus líneas onduladas sobre la noche profunda que crearon tus colores.

Apolodoro

¡No quieres ser la vestal vestida de lino, con los cabellos aprisionados en el arco de oro fino de Arabia? ¡No quieres verte encendiendo el fuego virginal ante el plinto de la Diosa velada, sólo tocada por tus manos? ¡No quieres calzar la argentada sandalia bajo tus pies cuidados por cien esclavas y perfumados en esencia de acacias?

La Doncella

¡No! Quiero renacer en las curvas de tu pincel como la ondina en el seno de una gruta, coronada de vides, deslizándose por entre el alabastro de las es-

talactitas. Quisiera verme con el cuello rodeado de guijarros encarnados y mis cabellos engarzando los esplendentes ópalos de los nenúfares.

Apolodoro

¿No quieres ser Ceres con la corona de mieses y los pechos despidiendo raudales inagotables de la leche de las uvas? ¿No quieres verte en la eterna Primavera haciendo surgir a tu paso nubes deslumbrantes de luciérnagas y de mariposas? ¿No quieres vestir un traje de rocío y llevar entre tus manos el cetro del arado?

La Doncella

¡No! Píntame en un jardín azul donde las fuentes despidan rubíes rojos como la grana de mi boca; donde las pomas sazonadas sean tan gratas al labio como al olfato; donde haya alondras de alas de oro y luceros que vaguen como libélulas!

Apolodoro

Te crearé como tú quieras. Tú serás Venus, tú serás la ondina, tú serás la estrella. A tu lado el esposo cantará a tu oído las cadencias de los tálamos nupciales y una Gracia gentil bordará en la orla de tu manto la frase delicada de los primeros amores.

¡Mira cómo naces bajo mi impulso. Contéplate en tu cásta belleza. Besa esos labios húmedos que son tus labios; recreáte en esos ojos azules como una onda del Egeo, que son tus ojos; en ese cuerpo de durezas incitantes, que es tu cuerpo; en esa cabellera como una nube de rayos de sol cayendo sobre un ánfora de hojas de rosa!

¡Mira cómo surges del azul, del carmín y de la blancura de nieve de mi pintura! Tú estás ahí, eterna como los senos fecundos de las montañas; grande, con la grandeza de lo inmenso.

Tú has salido ya del polvo, y sobre el bronce de esta plancha tienes una gota de la esencia de mi inmortalidad!

FIDIAS

El Partenón. La Criselefantina alza su cabeza centellante, entre la pompa del Ocaso. Su rostro se destaca luminoso, bajo los caballos que se encabritan en la visera de su casco. Sus ojos son semilleros de estrellas; — a lo lejos semejan girones de la Vía Láctea. Sobre la cimera, y bajo su penacho de Aurora, la esfinge alada habla al pensamiento. Sus pupilas son ópalos tallados; sus alas se entreabren en vislumbres de rubíes. La Diosa parece un gran astro caído entre una selva de columnatas floreciendo en chapiteles.

Fidias mira a la estatua, con sus ojos levemente entreabiertos. La barba le cae sobre el pecho, como el torso de una nube. Rosas bordadas en hilos argentinos, forman la orla de su manto. A su lado, Calímaco y Paneno. Este rasga con el labio el velo del silencio.

Paneno

HERMANO: la última amazona del escudo tiene ya cincelado su último emblema. Calímaco ha labrado los chapiteles en hojas vaporosas de una intacta blancura. El friso centellea en sus relieves. Las guirnaldas que han de perfumar tu triunfo han sido ya tejidas por las vestales de Palas Atenea.

En el Pecile hay un gran rumor de voces que te aclaman, al estampar tu nombre en el granito. Del Atios, del Peloponeso, de la Tesalia, se te envía el homenaje del laurel. Tú estás en todos los labios, en todas las almas y en todos los corazones; y sin embargo, en tu rostro pinta su palidez la Tristeza; en tu boca existe el gesto de un supremo dolor; en tus ojos entreabiertos brilla el astro de una lágrima, y vive el Desaliento en toda tu figura. ¿Es acaso que te intimida la gloria?

Calímaco

¡Habla, maestro!

Fidias

El silencio es dulce ante los Dioses, cuando el labio puede producir la palabra de desaliento o la frase de la injuria. Quiero callarme como Hipodemo. Las flores del mal no deben entreabrirse sobre unos labios que se conservan puros. Deja que oculte el rostro con mi manto. Quiero ahogarme en mis suspiros.

Calímaco

¿Es acaso que no has llegado a donde tú querías, o que tu obra es pequeña en su grandeza? Quizás el oro es escaso en el ropaje, o el marfil pálido en las carnes? O la columnata por mí labrada es una injuria a tu creación? Habla, maestro, y ella caerá como un bosque segado por el rayo!

Fidias

Las Gracias te prestaron sus manos de espuma para labrarlas; los Dioses te enviaron un cincel olímpico para que hicieras surgir las redondeces inmaculadas en la carne del mármol, y tu genio vive en las volutas que se encrespan en los chapiteles; en las cornisas de prodigiosa tersura; en las columnas de esbelteces sumas; en el conjunto que asemeja un gigantesco haz de lirios sosteniendo la fimbria de una nube! Mi dolor es mío, en mí mismo.

¡El yace sin lápida dentro del túmulo del corazón!

Paneno

Acaso el zafir que he colocado en el fondo del relieve de las Panateneas es menos azul que el seno del espacio? Será, quizás, que la orla que lo circunda, y en donde dejé caer mi pincel, no tiene la belleza de lo inspirado, o que el dorado de los broncees es menos rubio que el Sol?

Fidias

Del vientre de mi madre surgiste bajo los gratos auspicios de un oráculo. Llevas germen de grandeza en las venas. Tu zafir es bello como los ojos de Leda; tu orla es hermosa como el Iris levantando su arco sobre el mundo.

Paneno

Hay en tus palabras la amargura de Arístides; acaso tu espíritu columbra ya las márgenes del Erebo?

Fidias

No! Ayer, cuando la Aurora era sólo un matiz en el Oriente, vine a elevar mi espíritu bajo la sombra del templo. Los labios de la Noche, en su agonía, sólo exhalaban mudez. La Diosa en su plinto estaba velada por el crepúsculo rojizo que se elevaba desde los trípodes cercanos. Los caballos del casco se desbocaban en la penumbra, la esfinge de la cimera no hablaba en el callado lenguaje de su sabiduría; sólo los ojos miraban con sus ardientes pupilas, y al oscilar de la llama, la pedrería de que están formados se destacaba en una erupción de cambiantes. Parecían las pupilas de Prometeo hirviendo de ira.

A medida que la luz avanzaba, descubría el torso oculto en la coraza de escamas afligranadas; las manos finísimas, empuñando el escudo con avasalladora majestad; los labios, donde el gesto es todo a la vez, lo terrible, lo grande, lo magestuoso, lo imponente.

Y cuando quise consagrarla en el sacrificio, ungiéndola con mi sangre, por las venas de mi brazo no corría una sola gota. Y al mirar la Diosa, ví sus pupilas entornadas y sus pechos caídos, como tumbados por la muerte. El fuego de los trípodes habíase apagado, y a los pies de la figura de Pandora yacía mi cincel hecho pedazos. La Impotencia llegaba entonando su cantata en la hora postrera de mi genio!

Fidias, el que esculpe, ha muerto. Ya no hará surgir sobre el grano de Paros las líneas vagorosas de las venus!

Calímaco

Maestro, divagas! No oyes ya las trompetas que anuncian tu triunfo entre un gran florecimiento de laureles?...

Fidias

Paneno: coróname de rosas. Voy a asistir a mis propias exequias!

NARCISO

Una gran selva. Claridades de sol se filtran por el ramaje y penden gasas de oro en el borde de los nidos. Un manantial corre silencioso haciendo estremecer los tallos de las margaritas al pasar. Narciso se contempla en las vislumbres de la linfa. Bajo un inmenso cedro, un fauno lo mira tendido sobre la yerba con sus cerdas erizadas. Una driada despeina sus bucles de oro que se enroscan como pétalos aurinos; sus brazos se extienden hacia Narciso y en sus labios vibra el arrullo de una queja.

La Driada

A BRE los labios y pronuncia la palabra que suena al oído con dulzuras ignotas. Fija tus ojos en los míos, tus ojos grandes y luminosos, tus ojos azules teñidos en el oscuro zafir que pinta el cauce de una vena. Sonríe con la fuerte sonrisa del deseo, y que tu cuerpo sea a mi cuerpo lo que dos rosas hermanas son sobre el mismo tallo en la conjunción sonrosada de sus pétalos.

Narciso

Tu rostro es bello, esplendoroso y dulce. Tu cuerpo casto y magníficamente ondulado se estremece como una gota de rocío sobre la seda verde de una hoja. Tu cabellera es una noche con una constelación de lirios. Pero tus frases no llegan hasta mí con rumores de besos que estremecen.

El Fauno

La primera palabra de Zeus fué una palabra de amor.

La Driada

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un germen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, en el alvéolo del pecho resuenan cantos, risas, sollozos, frases vagas, tenues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas o con alas de libélulas.

Narciso

Yo llegué hasta el palacio del Amor. Yo contemplé la gran guardia de los encantos armados con varas de azucenas. Yo he visto mil mujeres, con semilla divina entre la sangre, que me llamaban con sus ojos, con su boca y con sus manos, convidándome al reposo bajo los pinos poblados de cantos y de nidos.

Y, sin embargo, mi alma permanecía fría como el alma en reposo de un cadáver!

La Driada

Para amar es preciso querer amar. Deja que me acerque y te cantaré al oído el aire con que el viejo Pan enamora a las sirenas cuando descubre en las penumbras llenas de frescura los secretos olímpicos de la belleza.

Narciso

¡Que tus labios sean carne de granito! ¿No ves cómo se refleja mi rostro en la tersura de la linfa?

El Fauno

Los dicse y los hombres fueron creados para amar. Nadie puede esquivar la flecha de diamantes con plumaje de astros. La púrpura de Cupido es la púrpura de Aurora y de Ocaso.

Narciso

Mi amor es mío. ¿Acaso no soy el hijo mayor de la Belleza? En el seno de mi madre las Gracias me

modelaron. Cuando me aduermo en el jardín azul de los luceros y mi torso se destaca cerca del lecho centellante de la Madre Venus, los Dioses palidecen de envidia al contemplarme desde sus tronos de nubes fulgurantes.

El Fauno

Acércate a las jóvenes sin mancha, y diles la palabra que hace estallar en melodías todas las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entrañas de una mujer. En cada vientre de madre hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel hasta el rojo del puñal.

Narciso

Yo soy aquel que nació para amarse a sí mismo. No hay mayor nobleza que la nobleza que se desprende de mi figura; no hay hermosura mejor que esta que vive en mi rostro, en mi rostro delicado y gentil que lava la noche con gotas de rocío recogidas en ánforas de adelfas y enjuga la mañana con el gran paño de los rayos del sol.

La Driada

Tu labio callaría, si te dejaras cubrir con el manto de mi cabellera. ¿No has escuchado nunca sobre tu carne la vibración de un beso?

Narciso

Cuando quiero sentir esa caricia, voy a que me besen los labios de espuma de mi madre.

El Fauno

Fecunda a la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa a la nube, el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que

sigue cadenciosamente a la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas...

Todo ello es apenas un remedo del amor humano. Cuando veo caminar a los donceles hacia la pompa umbría de las selvas, mis ojos relampaguean y mi flauta toca alegremente una extraña cantata.

La Driada

¡Narciso, ámame!

Narciso

Yo no nací para admirar las carnes que florecen sobre los cuerpos en que sueñan los silenos. Yo debo permanecer puro, con la dulce pureza de las vestales.

La Driada

Clava tus ojos en mis ojos, y dime: ¿no sientes en tus nervios una cadencia?

Narciso

Cuando tú me miras sólo entreveo la calma fría y húmeda del sepulcro.

El Fauno

Quien injuria al amor se injuria a sí mismo. Tus canas blancas sólo recojerán oprobio. ¡El macho de una bestia es más noble que tú!

Narciso

Mira cómo sonrían mis labios; ¿no parecen una flor que se entreabre? Mira cómo se encrespan mis cabellos; ¿no semejan mil ondas de espuma? ¡Quiero morir contemplándome sobre el escudo brillante de los mares!

.

Y desde lo alto miran dulcemente los ojos azules de Leda. Más arriba, centellean las pupilas de Zeus incendiadas de ira.

HOLOCAUSTO

El dolmen de grano pentélico donde se celebraban los sumos sacrificios. A su alrededor, todo un oleaje de hojas de rosa con espumas de lirios y burbujas de jazmines. Los sacerdotes forman ancho círculo a su alrededor, y sus canas brillan venerables bajo la cinta de oro bruñido que se ciñen en sus frentes. Sus anchas clámides caen en pliegues de levísima forma, tal como si la trama del tejido hubiera sido urdida con filamentos de bruma. Tras de ellos, una multitud con rumores de invocaciones en el labio. Más allá, y entre una penumbra llena de calma augusta, el coro de vestales se destaca como una gran pincelada blanca.

Agamenón se acerca, vacilándole el cuerpo en su marcha. El dolor pinta su oscura palidez sobre su rostro. Ifigenia viene tras él, coronada de rosas, con las mejillas encubiertas bajo el velo diamantino de sus lágrimas.

Ifigenia

YA siento dentro de mí la frialdad horrible de los descansos eternos. Ya siento sobre mi frente la caricia llena de tibieza de la Pálida, de la que seca en el Otoño la savia de las hojas y hace callar en el Estío el canto cristalino de los torrentes. Voy a morir cuando Flora tenía para mí el himno rumoroso de sus céfiros.

Agamenón

Yo te engendré para que fueras fuerte como una roca. Alza la frente y recibe el rayo que te hiere sin que se apague la aureola azul de tus miradas.

• El Sacerdote

Tu sacrificio será grato a la Diosa que vaga en la penumbra de las selvas. Sobre tus cenizas alzarán los rosales sus pomposas constelaciones, y en el sueño de la tarde las alondras cantarán entre sus gajos el dulce himno de tu breve historia.

Ifigenia

La vida es dulce con dulzuras ignoradas, cuando se siente correr entre las venas el caudal bullente de

la sangre que quema el corazón. Quiero vivir, porque la vida es bella: porque siento en la noche, en las horas de la vigilia, besos tibios, perfumados, silenciosos, que se acercan a mi tez y la encienden; que caen sobre mi pecho y lo estremecen; y esos besos no brotan de un labio que se acerca todo lleno de suavidad y de deseo, sino que vienen de lo desconocido, como si una palabra dulce y rimada llegara hasta mí en las alas de un divino crepúsculo para envolverme en una rara e intensa caricia.

El Sacerdote

Bello es morir cuando no se tienen penas en el alma. Seca tus lágrimas y que tu manto caiga ante la magestad de la Diosa, para presentar el seno cuajado de encantos, como una ópima prebenda.

Ifigenia

¿Por qué morir cuando la Aurora ríe bella y grandiosa presagiando el Sol? ¿Por qué morir cuando el alba tiene besos radiosos de su blanca luz? ¿Por qué morir cuando en mi pecho siento una ancha hoguera devorante arder, que crece y crece y en el Oriente enciende flores de soles en un brillante azul?

Agamenón

Inclina tu cabeza, descíñe la cabellera, y presenta el cuello en que ha de hundirse el hierro sagrado purificado por la sangre de los corderos. Ello es preciso; mis barcos, con las proas enclavadas hacia el Sud, aguardan la hora en que han de lanzarse como caballos desbocados por la pista centellante de las ondas.

El Sacerdote

¡Mujer, no llores! Cae sin ruido, como un lirio que se troncha.

Ifigenia

Mis cabellos son aún rubios y sus cambiantes deslumbran. Mi talle es grácil y fino, con la finura de una leve columna; movable, con la movilidad esquiva de una ola. Mis labios recién florecen en la promesa del beso, y mis párpados se entornan a la caricia vaga de un ensueño...

El Sacerdote

El amor es sólo una hora en la vida. Tras de él, está amargo e implacable el Dolor con su vaso de hieles.

Ifigenia

A amar todo me convida, y yo sueño en amar. ¿Acaso no es el amor el iris que todo lo tornasola? Cuando las margaritas agonizan en el invierno, mis ojos se llenan de lágrimas, y cantando una canción melancólica voy por los campos y las recojo en la orla de mi manto para que tengan una tibia y suave tumba en la piel sonrosada de mi mano.

Agamenón

Yo recojeré tus cenizas y ellas revivirán bajo mis besos.

El Sacerdote

Tu cuerpo descansará bajo una gran acacia en flor.

Ifigenia

Deja que viva. Yo existiré para amarte, y cuando tu cabellera esté blanca vivirás en una vida endulzada por la miel que se derramará de la boca de mis hijos, en tanto que yo pronunciaré en tus oídos las frases en que se relatan tus homéricas hazañas.

El Sacerdote

Regaremos tu tumba con sangre tibia y llena de vahos de vida, día a día, cuando la víctima caiga, en el instante en que el Sol mira de frente desde la cúspide del cenit.

Ifigenia

Quiero vivir eternamente bajo la caricia temblorosa de un abrazo.

El Sacerdote

Sobre tu corazón se extenderán las raíces de los laureles, y ellas te envolverán en el espeso manto de sus mil tentáculos. Baja la cabeza, que la piedra luce tersa como una luna, y ya de todos los labios se escapa la primera frase del cántico con que ha de celebrarse tu holocausto. Cae, pero tumbate con la grandeza de una montaña que se derrumba!

Ifigenia

Ya oigo a la distancia los cánticos de las vestales que anuncian el comienzo de mis exequias. Y en tanto aún mi seno palpita suavemente.

Las Vestales

La sangre es la promesa de todas las victorias.

Ifigenia

Los muros del templo se rasgan y columbro desde aquí un inmenso miraje. Veo a lo lejos un hogar todo lleno de luz y de perfumes; un vago murmullo de palabras argentinas vuela por el ambiente; el fuego arde en los trípodas áureos ante los Dioses benevolentes; las alondras cuchichean entre las ramas de los robles, y bajo de ellos, un ejército de pimpollos agitan sus lanzas y sus pompones...

El Sacerdote

Alza tus ojos hacia la Diosa y ofrécete llena de pureza y de ingenuidad. ¡Invoca, con la palabra dulce como un acorde!

Agamenón

¡Hija, obedece!

Las Vestales

Las vírgenes que mueren se cubren de sonrisas, y vuelan sus suspiros en alas de las brisas.

El Sacerdote

El fuego agoniza lentamente. Abre tus pupilas y llénate de luz.

Las Vestales

Y sangre es un Ocaso y sangre es una Aurora, de sangre al mediodía la rosa se colora.

Ifigenia

No moriré, porque siento un algo grande que me impulsa a vivir. Parece que caminara sobre una nube y que sobre mi frente cayera un inconmensurable velo de estrellas.

Las Vestales

Las vírgenes que mueren se duermen en la calma, y sobre sus cenizas se agita verde palma.

Y antes de que la espuma de los lirios se tifiera de púrpura, Ifigenia bogaba hacia Occidente sobre el tirreme de plata de la media luna, por el mar de zafir de lo infinito.

PROSAS

EL BESO DE LA MONJA

ERA una gran procesión de seres velados la que, marchando lentamente por las naves, se dirigía hacia el altar mayor de la iglesia, todo cubierto de negras colgaduras y de azuladas luminarias. En lo alto y bajo la noche estallando en estrellas que posaban sus labios incommensurables en los apóstoles de las altas vidrieras, una campana doblaba pesada y funerariamente y el eco de sus vibraciones llegaba a confundirse, modulando un lamento con el ritmo de los salmos, en los que los acentos de las iras divinas volaban prepotentes como la cadencia de una enorme tempestad.

En los altares, vírgenes de rostros maculados miraban asombradamente aquella extraña pompa, con sus fijas pupilas de cristal, y los arcángeles, destacándose sobre las descoloridas telas de los retablos, sobre los capiteles de las gruesas columnas y entre la augusta magnificencia del presbiterio, parecían agitar sus grandes alas de nácar y oro a la caricia vacilante de la llama de los cirios.

El órgano gemía en el coro con la voz de sus mil flautas, para estallar de pronto en un turbión de notas que asemejaban el eco formidable de un Apocalipsis; y los incensarios humeando ante los finos facis- toles parecían sostener la bóveda, que retemblaba, con sus leves columnas azuladas, que de pronto se desflo-

caban en guedejas como el tul desgarrado de una novia.

Era aquel un solemne acto de desagravio por la apostasía de una monja teresa, que en la noche del 19 de Abril de 1758 fué encontrada en el jardín del convento en brazos del capitán de la Real Infantería don Antonio María de Allende. Un enorme escándalo produjo en la ciudad la noticia de semejante hecho, y en la curia eclesiástica, en el cabildo, en la universidad, en los conventos, en los estrados, en todo lugar donde se reunieran dos personas, fueran nobles, cuarterones o mulatas, se hablaba del hecho con inmenso terror e indignados extremos.

Todo el mundo vestía de negro como en los días de los lutos solemnes, y hubo devotos que hicieron pública penitencia para conjurar las terribles catástrofes que se presentían, penetrando a la catedral con las carnes desgarradas por el cilicio y barriendo las losas con la lengua.

La comunidad entera, después de una semana de penitencia y de crueles suplicios, conducía a la culpable ante el tribunal de Cristo, al cual había apelado de la sentencia de eterna reclusión que sobre ella había recaído, y en aquel momento el pueblo entero se encontraba de rodillas congregado ante las puertas del templo clausurado para todos aquellos que no ejercieran un mandato de Dios sobre la tierra. Y un coro de jóvenes, vistiendo de blanco y con el rostro velado, llevaba las flores frescas que habían de reemplazar a las que se habían deshojado en los vasos después de un largo abandono de siete días.

Sor María de los Angeles, la esposa adúltera de Jesús, estaba prosternada ante el ara, con la cabeza cubierta de ceniza y las espaldas desnudas y sangrientas. Esperaba allí su última sentencia. Para que sus labios volvieran a tener la casta limpidez de las patenas, era preciso que los aplicara sobre la frente del Cristo y que una milagrosa señal hiciera conocer los designios de lo alto.

Las campanas habían dejado de doblar y el órgano sólo hablaba a las almas con la callada voz de un gran silencio. Las vírgenes ancianas miraban aterrorizadas la faz de la imagen esperando el momento en que al contacto de los labios impuros cayera hecha peda-

zos; los canónigos se inclinaban bajo el peso de sus largas capas de duelo, y de vez en cuando un vago clamor traía los acentos del pueblo, que pedía clemencia con las frases balbuciantes de una enorme plegaria.

El obispo, vistiendo capa magna y empuñando el báculo, se acercó a la adúltera para guiarla hasta el tabernáculo. Ungió con óleo santo sus ojos para que alcanzara a columbrar la verdadera luz; purificó sus oídos para que escuchara la voz de la verdad; limpió sus manos del limo del pecado; sólo dejó sin ungir los labios mancillados por la boca de un profano.

Tras de la consagración de la hostia, el momento de la prueba llegó. El Cristo se erguía en el altar, con los brazos abiertos, como encerrando en ellos un universo. Por instantes se creía oír el rumor de los corazones conmovidos.

La monja ascendió por la gradería y modulando un sollozo, aplicó su boca en la frente del Cristo. Un grito de inmensa admiración se escapó de todas las almas. Dios había entreabierto sus pupilas y una sonrisa encendía una aurora entre sus labios marchitos.

Y sobre la hostia consagrada hablaban dulcemente al sentimiento los pálidos pétalos de una triste pasiónaria.

1899.

EL DERROCHE DEL BRONCE

ESTAMOS encanallando el bronce. Las aldeas y las ciudades se van llenando de los bustos fundidos en el metal glorioso de larga vida en la marcha de los tiempos, pertenecientes a hombres que sólo supieron ser buenos y que no dejaron tras de sí ninguna de esas cosas superiores indicadoras de un resurgimiento o siquiera de una sencilla evolución en el espíritu humano.

El perfil del mediocre se anticipa al del héroe; la silueta del individuo que sólo supo vivir un punto más arriba que el nivel de la turba, se pospone a la del abuelo que encajó en los flancos del mundo el organismo de una nacionalidad. En el granito de la base y de las columnas que sostienen esos bronce sin enseñanza se estampan las ironías de las inscripciones pomposas, que propician las excelencias de las lápidas que encubren a la anonimia.

Mañana, cuando nuestros hijos o nuestros nietos se paren ante uno de esos monumentos para investigar el nombre del glorificado y su actuación en la vida de la patria, abrirán las páginas de la historia y encontrarán que la posteridad ha borrado ese nombre porque nada o poco hizo para merecer ese honor que nuestra prodigalidad de "gente rica" le ha discernido, por el prurito de hacer semidioses necesarios para llenar el olimpo de próceres de "papier maché" que estamos creando.

Fundimos águilas, leones y tirsos de laureles para engalanar los plintos donde se alzan las figuras con

que se quiere perpetuar a los desconocidos del futuro, y entre tanto en Buenos Aires las cenizas del General Paz están tiradas en el rincón de un cementerio; Moreno y Pueyrredón aguardan desde hace un siglo sus monumentos; Güemes recién va mereciendo algún testimonio admirativo de aquellos por quienes realizó una epopeya de centauros sobre los flancos de Aconquija y del Famatina; los caudillos del interior, los verdaderos constitutores de la Patria, yacen olvidados de las generaciones por las cuales alguna vez penetraron de "usutas" a los cabildos por no gastar zapatos con cuyo importe comprarían el sable o el fusil con que iban a armar a un ciudadano que triunfaría en Ituzaingó y en Montevideo; la Convención constituyente del cincuenta y cuatro no tiene siquiera una inscripción que diga lo que ella representa; Avellaneda no tiene aún su mármol; y, por fin, hace ya muchos días que el tiempo—el gran justiciero—se ha encargado de descubrir la tumba de Alberdi porque ninguno de sus conciudadanos se atrevía a descorrer el velo que la ocultaba.

Cuando los hombres del futuro consideren este procedimiento "sui generis" de generaciones que hoy vocean su patriotismo a cada amago bélico que les hace cualquier vecino inquieto que viste poncho para hacer el gaucho malo, y que, sin embargo, olvidan el honrar a los que merecen ser honrados, han de arrasar de un solo golpe con esa estatuaría de celebridades de bazar como llenamos en el presente los receptáculos de nuestra satisfacción.

Una estatua debe ser siempre una suprema lección. La Gran Naturaleza, que guarda en su todo magníficas enseñanzas, puso el metal heroico y el granito triunfal en las eminencias de las montañas. Para simbolizar lo que ellos representan hizo color de mármol las calvas de las cordilleras y le fundió al águila un plumaje de bronce. Luego, las colocó entre el azul del espacio. Los grandes hombres tienen del espacio la inmensidad del alma y lo infinito del cerebro.

Violar esa ley es rebajarla: confundir un graio con un cóndor, una personalidad de barranco con la que confunde su cabeza con las últimas eminencias del espíritu, es algo que sólo tuvo su explicación lógica y racional cuando a las puertas de Roma decretó

pita y venal iban a amarrar sus caballos los bárbaros de occidente.

Este mismo fenómeno se produce hoy entre nosotros, pueblo joven, casi sin historia y sin hombres superiores, que aspira a hacerse sabio ya que no con el tiempo con la experiencia y la grandeza de sus hijos. Miramos desde muy cerca a las personalidades, las juzgamos prematuramente, vemos un genio donde sólo hubo un buen hombre y hacemos hervir las retortas y chispear el mármol bajo la caricia aguda del cincel para llenarnos de monumentos sobre los cuales van a caer las amargas ironías de los venideros tiempos.

Qué merecc, pues, un grande hombre si a un "cualquiera" se le concede el honor supremo de la estatua? Esta reflexión abisma. Aun bajo las estrellas no se ha producido la respuesta.

1900.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN	3
POESÍAS	
ORSEQUIO DE BODA.....	5
ÑANDUTIES.....	6
EL SALUDO DEL PUEBLO....	7
BEETHOVEN.....	8
"SANTA FE".....	9
POEMAS HELÉNICOS	
APOLODORO.....	11
FIDIAS.....	14
NARCISO	17
HOLOCAUSTO.....	21
PROSAS	
EL BESO DE LA MONJA.....	25
EL DERROCHÉ DEL BRONCE.....	28



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canzones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La Intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|------------------------|---------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |

Cuaderno de próxima publicación:

CRAINQUEVILLE, por ANATOLE FRANCE.

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n
Número suelto 0.25 centavos
" atrasado 0.40 "

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178 — BS. AIRES**